

LA VÍA CHINA

Ciudades en la transición al capitalismo

La China moderna está sufriendo un proceso inexorable de transformación, de la profusión de grúas de construcción en sus ciudades costeras a los gigantescos proyectos de infraestructuras en su interior. Su trayectoria económica ha sido igualmente espectacular: China se sitúa en la actualidad en el cuarto puesto de la lista de países del mundo con mayor PNB, al que se ha elevado desde el decimoprimer puesto que ocupaba en 1990. Toda una serie de procesos dan fe de su rápido avance por la senda de una economía capitalista: la mercantilización de la tierra y la fuerza de trabajo, la aparición de empresas privadas, la formación de capital financiero, entre muchas otras¹. Y, sin embargo, los expertos sobre China se han mostrado curiosamente renuentes a aplicar la clásica idea marxista de una transición al capitalismo –y su corolario: la acumulación primitiva– al caso chino. En lugar de ello, utilizan sin excesivo rigor términos como globalización, mercantilización, postsocialismo, época de reformas y socialismo de mercado, ignorando aparentemente hasta qué punto la transformación en curso en China se parece tremendamente al desarrollo del capitalismo en Europa y Norteamérica –por no mencionar muchos otros «desarrollos tardíos» en Asia y América Latina.

La comparación con la experiencia histórica del desarrollo del capitalismo en Occidente puede funcionar de útil contrapeso a tres puntos flacos de los estudios contemporáneos sobre China. El primer error común es la exageración del carácter único de China con respecto al proceso general de la transición al capitalismo. Esto no significa adoptar el neoliberalismo de la tierra plana de Thomas Friedman ni un marxismo unilineal en el que el resto del mundo debe repetir la historia económica de Gran Bretaña o Estados Unidos. Por más que el capitalismo tenga elementos universales, la vía al capitalismo sigue muchas rutas, dependiendo de la historia, la situación geográfica y la política. Al igual que un virus, el capitalismo no puede sobrevivir sin huéspedes vivos, cuyo ADN modifica para reproducirse. Por lo tan-

¹ Gracias a You-tien Hsing por compartir su conocimiento de China, a Carolyn Cartier por leer un primer manuscrito de este texto y a Robert Brenner por su atenta lectura y por sus recomendaciones.

to, no hay duda de que se puede hacer referencia a un «capitalismo con características chinas».

El segundo problema de los observadores de China es su obsesión por el pasado socialista. No cabe duda de que la época maoísta determinó en un grado considerable el curso actual del país y que China tiene características en común con otros países ex socialistas. Pero se diferencia radicalmente de la mayoría de los países postsoviéticos y de Europa del Este en que no sufrió una implosión repentina del Estado, el partido y la economía. En lugar de ello, el Estado autocrático ha mantenido la política económica bajo estricto control y el Partido Comunista sigue monopolizando la vida política. No obstante, a la China del siglo xxi ya no se la puede considerar sensatamente como un país de socialismo «tardío» o «de mercado».

Cabe establecer una comparación a nuestro juicio más adecuada con la experiencia del capitalismo en Occidente. Pero aquí reside un tercer peligro, el de limitarse a trazar paralelismos con desarrollos que se están dando en la actualidad en todo el mundo, desde los motores de búsqueda en *internet* a los centros comerciales gigantescos. Menos comprendidos son los sorprendentes paralelismos existentes con el pasado en Europa y Norteamérica, como la migración masiva del campo a la ciudad y la creación gradual de un sistema bancario. Este tipo de procesos se desarrolla a lo largo de décadas y gran parte de China es aún, bajo cualquier criterio, precapitalista. No obstante, una generación después de que las reformas del mercado que Deng Xiaoping introdujo en 1978 pusieran a la RPCh en el camino hacia el capitalismo, la dirección comunista ya no puede volver a meter el genio en la botella. En palabras de Martin Hart-Landsberg y Paul Burkett, los «imperativos de mercado enseguida se demostraron incontrolables»; la «economía china funciona ahora en gran medida conforme a la lógica capitalista». O, tal como observa con ironía Robert Weil, los reformadores, en lugar de «utilizar el capitalismo para construir el socialismo», «utilizaron el socialismo para construir el capitalismo»².

Centrales para la explicación que Marx hace de la acumulación primitiva son la expropiación de los productores para crear una clase obrera, el surgimiento de una clase capitalista con un *stock* de capital original y el desarrollo del mercado nacional. A esto hay que añadir la mercantilización de la tierra, el crecimiento de las ciudades, la extensión de la división espacial del trabajo y la formación en un Estado burgués moderno. Consideraremos estos elementos por partes.

La discusión aquí se centra en las ciudades, donde la transición al capitalismo es especialmente intensa, pero esto no significa que la transforma-

² Martin Hart-Landsberg y Paul Burkett, *China and Socialism. Market Reforms and Class Struggle*, Nueva York, 2005, pp. 31, 58; Robert Weil, *Red Cat, White Cat. China and the Contradictions of Market Socialism*, Nueva York, 1996, p. 230.

ción agraria no haya sido esencial para todo el proceso. De hecho, la época de «reforma» se inició en el campo, con la disolución de las comunas y la introducción del sistema de responsabilidad por hogar después de 1978, seguidas de la explosión de empresas de pequeña ciudad y pueblo (ECP). Durante los últimos veinte años, sin embargo, la industrialización, la proletarianización, la acumulación, el desarrollo de la propiedad y el consumismo se han acelerado en las ciudades, aunque estos procesos sigan profundamente conectados con la mercantilización de la tierra, el trabajo y el consumo en las áreas rurales y la extracción de plusvalor del campesinado y de la industria rural³.

La formación de una clase obrera

La formación de la clase obrera inglesa se conoce bien, así como las variaciones que este proceso tuvo en otras regiones de Europa y Norteamérica. Los campesinos, los artesanos, los trabajadores de oficio y los pequeños fabricantes se vieron desplazados por la destrucción de sus medios de vida, ya fuera a través de los cercamientos de la tierra o de la competencia comercial por parte de haciendas y fábricas capitalistas más productivas. Hubo quienes aceptaron trabajo asalariado en la agricultura, pero la mayoría empezaron a marcharse a las ciudades en busca de empleo, convirtiendo a Londres en 1800 en la mayor ciudad del mundo.

En las ciudades, los nuevos proletarios formaron reservas de mano de obra excedente, dispuesta a que la empresa capitalista la pusiera a trabajar con salarios bajos, largas jornadas y condiciones espantosas. Esta reserva era tan enorme durante los primeros años de la revolución industrial que los salarios y las prestaciones sociales del proletariado británico apenas cambiaron hasta la segunda mitad del siglo XIX. Muchos de los desplazados emigraron. A medida que el capitalismo se iba extendiendo por Europa, la escala de los desplazamientos se hizo descomunal: cerca de cincuenta millones de personas abandonaron en total Europa entre 1830 y 1914. En Estados Unidos, después de 1800, los agricultores y granjeros se vieron obligados a abandonar las tierras pobres de Nueva Inglaterra y salir en busca de trabajo industrial. Una parte clave de la mano de obra la componían mujeres jóvenes salidas de las zonas agrícolas, alojadas en dormitorios colectivos en Lowell y otras ciudades fabriles. La competencia comercial asfixió a los artesanos y oficiales urbanos, lo cual les desplazaría alrededor de la década de 1830 hacia la clase de los asalariados. El sistema de subcontratación [*putting out system*], a su vez, floreció después de la revolución industrial, alimentado por los ejércitos de inmigrantes que llegaban a las ciudades.

³ Changping Li, «The Crisis in the Countryside», en Chaohua Wang (ed.), *One China, Many Paths*, Londres, 2003, pp. 198-218; Guidi Chen y Chuntao Wu, *Will the Boat Sink the Water? The Life of China's Peasants*, Nueva York, 2006.

En China, se ha congregado una clase obrera con asombrosa rapidez, de manera especialmente visible en las tres grandes regiones de la industrialización: el Delta del río Perla (Guangdong), el Delta del río Yangtze (región de Shangai) y el valle del río Amarillo (Pekín-Tianjin). Sólo en el Delta del río Perla trabajan entre 20 y 25 millones de personas aproximadamente y el total en la industria manufacturera se acerca a los 200 millones de obreros. Menos visibles son los empleados de la construcción, la venta al por menor, los pequeños comercios y el trabajo de servicios de baja cualificación, pero están por todas partes en las grandes ciudades costeras. Las estimaciones son de 350 millones de asalariados en total. La fuerza de trabajo femenina ha desempeñado un papel destacado en el proletariado de la época inaugurada por las reformas de Xiaoping: las estimaciones para Guangdong oscilan entre un 58 y un 70 por 100 de obreras fabriles, gran número de las cuales están alojadas en dormitorios colectivos; para el país en su conjunto la cifra es de alrededor del 45 por 100⁴.

Hay tres vías principales de proletarización en China: desde las zonas rurales agrícolas, desde empresas estatales en quiebra en las ciudades y a causa de la disolución de antiguas empresas de pueblo. Por empezar por la primera de ellas: el desplazamiento del campo a la ciudad es de unas dimensiones enormes, con un número de emigrantes desde 1980 que asciende a cerca de 120 millones, que hace de tal desplazamiento la mayor migración de la historia mundial. La abolición de las comunas y la promoción del sistema de responsabilidad por hogar permitió que algunos agricultores prosperaran en las zonas más ricas, pero dejó a los productores marginales cada vez más expuestos a los bajos precios, los suelos pobres, las parcelas pequeñas, la falta de ingresos y la corrupción de los codiciosos cuadros locales. En las ciudades, los inmigrantes campesinos no tienen derechos de residencia y se convierten en transeúntes de larga duración. Esto se debe al sistema *hukou* o de registro de hogares, creado en la época maoísta para limitar la migración del campo a la ciudad. Aunque China ha tenido más éxito que algunos países pobres a la hora de evitar la formación de grandes áreas urbanas degradadas, el torrente de campesinos desesperados corre el peligro de desbordar los diques urbanos⁵.

Una segunda vía hacia la nueva clase de trabajadores asalariados tiene su origen en las empresas de propiedad estatal (EPE). Éstas fueron el eje de la industrialización maoísta y representaban cerca de cuatro quintos de la producción no agrícola. La mayoría se encontraba en ciudades, donde empleaba cerca de 70 millones de personas en la década de 1980. Esta forma de empleo ha sido objeto de un desmantelamiento sistemático, iniciado con

⁴ David Harvey, *A Brief History of Neo-Liberalism*, Nueva York, 2005, p. 144 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Ediciones Akal, 2007]; Ching Kwan Lee, *Gender and the South China Miracle. Two Worlds of Factory Women*, Berkeley, 1998, p. 68; «Women Make up 45 Per Cent of China's Work Force», sitio web de las Mujeres de China, 20 de abril de 2007.

⁵ Dorothy Solinger, *Contesting Citizenship in Urban China. Peasant Migrants, the State and the Logic of the Market*, Berkeley, 1999; Ching Kwan Lee, *Livelihood Struggles and Market Reform. (Un)making Chinese Labour After State Socialism*, Naciones Unidas, 2005.

una ley que permitía contratar de manera temporal sin protección social y con la Ley de Quiebra de 1988, que ponía fin a la garantía que tenían los trabajadores de un empleo de por vida. La realidad de estas transformaciones empezó a hacerse sentir durante el periodo de declive de 1989-1991, cuando las drásticas medidas tomadas tras Tiananmen llevaron a la contracción de una economía recalentada e inflacionista. Durante la siguiente década, se pusieron en marcha nuevas reformas: la Ley Laboral de 1994 determinaba el estatus del trabajo asalariado y desligaba las prestaciones sociales del Estado, cambios seguidos de una directiva que fomentaba la eficacia a través de la reducción de plantilla. Más decisivos fueron los despidos masivos de finales de la década de 1990, cuando el capitalismo chino experimentó su primera crisis de sobreproducción, señalando una clara transición de la vieja economía de escasez a la nueva economía de producción de excedentes: es decir, abundancia para algunos y carencias atroces para otros. Hacia principios de la década de 2000, el empleo en las empresas de propiedad estatal se había reducido a la mitad, del 70 por 100 al 33 por 100 de la mano de obra urbana, con entre 30 y 40 millones de obreros desplazados⁶.

La última de las transiciones al trabajo asalariado tuvo su origen en el hundimiento de las empresas rurales de pequeña ciudad y pueblo (ECP). Las ECP florecieron tras la disolución de las comunas, con la primera fase de la liberalización a principios de la década de 1980, en especial en Guangdong, Fujian y alrededor de Tianjin y Shanghai. Hacia principios de la década de 1990, se habían multiplicado hasta llegar a ser 25 millones de firmas, que empleaban a más de 100 millones de personas, representando hasta un 40 por 100 de la producción manufacturera total. Bajo la propiedad y dirección de los gobiernos locales, encarnaban por lo general los compromisos socialistas de proveer puestos de trabajo, salarios y prestaciones sociales a los habitantes del pueblo o pequeña ciudad y sostener la agricultura y la infraestructura local. Muchas trabajaban como subcontratistas de empresas estatales urbanas. De ahí que, cuando muchas de las principales EPE cayeron en bancarrota a finales de la década de 1990 o encontraron proveedores más rentables, gran número de ECP se vieron en la estacada; además, cargaban con frecuencia con enormes préstamos bancarios. Cuando estas pequeñas empresas empezaron a implosionar, millones de obreros rurales quedaron abandonados a su suerte. El resultado de todo este proceso ha sido una incorporación de los campesinos al proletariado en dos fases, primero como trabajadores de ECP, nominalmente protegidos por los compromisos de los gobiernos locales, luego como proletarios expuestos a toda la fuerza del mercado. En los términos de Marx, estaríamos ante un paso de la subsunción «formal» a la subsunción «real» del trabajo⁷.

⁶ M. Hart-Landsberg y P. Burkett, *China and Socialism. Market Reforms and Class Struggle*, cit., p. 33; «A Survey of China», *The Economist*, 25 de marzo de 2006; Shahid Yusuf, Kaoru Nabeshima y Dwight Perkins, *Under New Ownership. Privatizing China's State-Owned Enterprises*, Stanford, 2006.

⁷ Jean Oi, «Fiscal Reform and the Economic Foundations of Local State Corporatism in China», *World Politics* 11V, 1, 1992, pp. 99-126. Sobre el destino de las ECPs no hay más que

El concepto marxiano de ejército industrial de reserva es válido para la China de la actualidad. Con millones de trabajadores despedidos por la industria y abandonando la agricultura, se está acumulando en las ciudades un enorme excedente de mano de obra. Las estimaciones son engañosas, dada la aversión que tiene el gobierno a admitir la gravedad de la situación, pero la Organización Internacional del Trabajo calcula que el porcentaje rebasa el 20 por 100 del conjunto de la fuerza de trabajo. Aunque los campesinos convertidos al trabajo industrial están por término medio mejor que antes, un gran porcentaje de la clase obrera se ha empobrecido bajo las presiones de la mano de obra excedente, la competencia salarial y la pérdida de puestos de trabajo. El índice de accidentes y enfermedades industriales se ha disparado y los trabajadores de empresas tanto estatales como municipales han perdido vivienda, pensiones, atención sanitaria y colegios, lo cual les ha dejado desnudos frente al mercado⁸.

La severidad del sistema *hukou* recuerda a las leyes británicas de Speenhamland. Los migrantes rurales deben pagar por el derecho a moverse y se impide su pertenencia legítima a la sociedad urbana; así pues, «flotan» por las ciudades, alojados en viviendas deterioradas y sin acceso a servicios sociales. El *hukou* es un método pernicioso de discriminación, que deja marginada a la población flotante. Sirve para mantener una fuerza de trabajo subasalariada, reducir las demandas de infraestructuras urbanas tales como colegios y facilitar una acumulación de capital veloz. En Pekín, las reformas aprobadas desde 1997 admiten por lo menos la compra de una residencia temporal y Chongqing está experimentando en la actualidad con el desmantelamiento total del *hukou*, permitiendo que las personas accedan a la residencia permanente en la ciudad a cambio de renunciar a sus derechos sobre la tierra en el campo⁹.

Mercantilización del suelo

La «liberación» del suelo de las relaciones no mercantiles es esencial para la transición al capitalismo, ya se obtenga a través del cercamiento de las tierras comunales como en Gran Bretaña o por desposesión de tierras nativas como sucedió en Estados Unidos. Constituye un error común creer que la privatiza-

datos poco sistemáticos: por ejemplo, S. Yusuf *et al.*, *Under New Ownership. Privatizing China's State-Owned Enterprises*, cit., p. 98. Resulta imposible determinar con ninguna seguridad la cantidad de personas que quedaron en paro. Véase también Daniel Buck, «The subsumption of space and the spatiality of subsumption: city, country, and the transition to capitalism in Shanghai», *Antipode*, de próxima publicación.

⁸ Sobre la situación de los trabajadores, véase Anita Chan, *China's Workers Under Assault. The Exploitation of Labour in a Globalizing Economy*, Nueva York, 2001; M. Hart-Landsberg y P. Burkett, *China and Socialism. Market Reforms and Class Struggle*, cit.

⁹ Peter Alexander y Anita Chan, «Does China Have an Apartheid System?», *Journal of Ethnic and Migration Studies* XXX, 4, 2004, pp. 609-621; Fe-Ling Wang, «Reformed Migration Control and New Targeted People. China's *Hukou* System in the 2000s», *China Quarterly* 177, 2004, pp. 115-132; «Chongqing to Urbanize Rural Migrants», *China Daily* en línea, 16 de junio de 2007.

ción significa necesariamente la plena propiedad del suelo; tanto en Londres como en Nueva York, por ejemplo, el capitalismo avanzó en gran medida a partir de arrendamientos. Los primeros efectos del mercado urbano de suelo son, más bien, la clasificación de los usos del suelo en función de la capacidad de pago y el aspecto de la curva de la oferta de alquileres, en la que los emplazamientos más favorecidos son aquellos situados cerca del centro de la ciudad —o alrededor de sus subcentros—, donde existe mayor acceso.

Junto con el mercado del suelo vienen el promotor y el constructor inmobiliario capitalista moderno. Una hueste de promotores construyó las ciudades occidentales y la promoción inmobiliaria ha sido siempre una fuente fundamental de acumulación de capital. Un claro signo de la mercantilización del suelo es la llegada de la especulación en torno al mismo como parte normal del desarrollo capitalista. A principios del siglo XIX, se estableció una pauta de ciclos de especulación urbanística y burbujas inmobiliarias, magnificados de manera regular por flujos de crédito fácil. En su calidad de país más mercantilizado del mundo, Estados Unidos cuenta con una historia estridente de especulación inmobiliaria.

La liberación de la tierra y la creación de un mercado inmobiliario han constituido también características básicas de la transición china al capitalismo. En la época socialista, la propiedad del suelo estaba en manos del Estado, que concedía derechos de uso a organismos, gobiernos y fábricas. El suelo no era una mercancía, no tenía precio y no se podía traspasar. El paisaje urbano estaba dominado por *danwei* o unidades de trabajo, tales como las empresas de propiedad estatal, universidades y el ejército. Los *danwei* utilizaban sus terrenos para los lugares de trabajo, la vivienda obrera y las infraestructuras sociales, por lo general organizados en complejos.

Los terrenos estatales todavía no se pueden vender, pero pueden traspasarse entre organismos del Estado en lo que ha empezado a denominarse el «mercado de suelo primario». Además, los terrenos estatales se pueden arrendar bajo la Ley de Gestión del Suelo de 1986, modificada en 1988 para autorizar arrendamientos a largo plazo, de entre cuarenta y setenta años. En 1991 la ley volvió a modificarse para permitir la venta, alquiler y transferencia de arrendamientos, creándose así un «mercado de suelo secundario». Aunque hay más movimiento de suelo en el mercado primario que en el secundario, éste último establece las condiciones para el conjunto de alquileres de terrenos. Ha aparecido todo un batallón de agentes inmobiliarios públicos y privados para facilitar las transacciones de suelo y, cuando existe una disparidad de alquiler entre los dos sistemas inmobiliarios, la diferencia se cubre en el mercado negro¹⁰.

¹⁰ Peter Ho, «Who Owns China's Land? Policies, Property Rights and Deliberate Institutional Ambiguity», *China Quarterly* 166, 2001, pp. 394-421; Samuel Ho y George Lin, «Emerging Land Markets in Rural and Urban China», *China Quarterly* 175, 2003, pp. 681-707; George Lin y Samuel Ho, «The State, Land System, and Land Development Processes in Contemporary China», *Annals of the Association of American Geographers* XCV, 2, 2005, pp. 411-436.

Los *danwei* siguen ocupando una gran cantidad de bienes inmuebles excelentes en las ciudades y son actores fundamentales en el mercado de suelo por tres vías. La primera de ellas es como arrendadores residenciales, alquilando directamente a los empleados o en el mercado libre. Otra vía pasa por la creación de agencias para urbanizar sus terrenos, que a continuación se ponen en alquiler. La tercera estrategia consiste en arrendar a promotores privados y gestores de obras de construcción. Resulta fácil que los jefes de los *danwei* se vean tentados a aumentar los alquileres para sacar un mayor rendimiento de sus propiedades y cada vez es más frecuente que sus filiales promotoras tengan fines lucrativos¹¹.

Los gobiernos de las ciudades han sido protagonistas entusiastas de la mercantilización del suelo. Los departamentos municipales de gestión inmobiliaria pueden bien traspasar suelo a otros organismos gubernamentales para su urbanización, bien alquilarlo a empresarios privados para su uso comercial. En Pekín, el suelo municipal ascendía en 1995 al 60 por 100 de los arrendamientos de la ciudad. Las administraciones municipales han aumentado sus propiedades a través de la expropiación de edificios en el centro y en la periferia urbana. La influencia municipal ha crecido a expensas de los *danwei*, gracias a la enmienda de 1998 a la Ley de Gestión del Suelo, que estipula que todos los arrendamientos de suelo estatal a promotores comerciales tienen que pasar por las manos de las municipalidades, aunque su aplicación está siendo objeto de reñidas disputas. Otro dispositivo de promoción de la mercantilización son los depósitos de suelo –iniciados en Shanghai en 1996 e implantados en todo el país en 2001–, por los cuales los gobiernos municipales compran derechos de uso a otros propietarios, negocian un plan de alquiler compartido y revenden arrendamientos¹².

Los alquileres y los ingresos obtenidos a través de los impuestos sobre el suelo constituyen una motivación para las municipalidades. La Ley de Tributación del Uso Provisional del Suelo de 1989 introdujo un sistema basado en la calidad del suelo. Este tipo de impuestos son un medio eficaz de inducir el comportamiento del mercado y una maximización de los alquileres. La Ley de Planificación Urbana de 1989 exige que los gobiernos municipales preparen planes integrales, en general utilizados para empujar a los propietarios de terrenos a la intensificación. Los centros de las ciudades han asistido a demoliciones masivas de edificios antiguos y cesiones de terrenos a promotores bajo programas como la Ley de Remodelación de Viviendas Viejas y en Ruinas de Pekín. Pekín ha demolido 4,2 millones de metros cua-

¹¹ Fulong Wu, 'The New Structure of Building Provision and the Transformation of the Urban Landscape in Metropolitan Guangzhou, China', *Urban Studies* XXXV, 2, 1998, pp. 259-283 y 'The "Game" of Landed Property Production and Capital Circulation in China's Transitional Economy, with reference to Shanghai', *Environment and Planning A* XXXI, 10, 1999, pp. 1757-1771.

¹² You-tien Hsing, 'Brokering Power and Property in China's Townships', *Pacific Review* XIX, 1, 2006, pp. 103-124, y 'Land and Territorial Politics in Urban China', *China Quarterly* 187, 2006, pp. 575-591.

drados en la ciudad antigua y Shanghai, 22,5 millones, lo cual ha provocado el desplazamiento de más de un millón de personas en la primera ciudad y un millón y medio en la segunda¹³. Asimismo, se ha promovido la expansión suburbana a través de cesiones de terreno y dinero para constructores de infraestructuras y promotores de vivienda.

La privatización de la vivienda ha contribuido a la evolución del mercado urbano del suelo. En 1995 los residentes urbanos recibieron derechos de propiedad sobre sus hogares y, a partir de 1999 la vivienda de los *danwei* pudo privatizarse. A resultas de ello, la propiedad de la vivienda aumentó rápidamente, de un 20 por 100 al inicio de la época de reformas a cerca de un 75 por 100 de los hogares urbanos en la actualidad. La construcción de vivienda por parte de grandes promotores privados va destinada en su mayor parte a los hogares de rentas altas. En la base de la pirámide, los nuevos inmigrantes deben arreglárselas solos, alquilando a propietarios de casas viejas o subalquilando a inquilinos establecidos. Es frecuente que los antiguos agricultores suburbanos y los empleados estatales se conviertan en pequeños propietarios que alquilan sus casas a inmigrantes y han empezado a surgir barrios de vivienda informal por todas las ciudades de China¹⁴.

A pesar de las tensiones constantes en el sistema dual del suelo, la puesta en marcha de un mercado del suelo ha creado una curva urbana de alquileres. Las empresas con altos beneficios tratan de conseguir por todos los medios las ubicaciones más favorables, cerca de los centros urbanos, mientras que las compañías que requieren menos centralidad, como las que se dedican al almacenaje o a la gran manufactura, se mudan a la periferia¹⁵. No son pocos los *danwei* que han trasladado a sus empleados y sus establecimientos a nuevos barrios en el extrarradio, para poder sacar más beneficios o alquilar sus propiedades del centro de la ciudad.

En la China de la actualidad, hay tres tipos de promotores inmobiliarios: las empresas estatales, las compañías privadas y las compañías extranjeras. Durante la década de 1990 las empresas estatales (los departamentos de promoción inmobiliaria de los organismos municipales y de los *danwei*) desempeñaron el papel más importante. Más recientemente, las compañías privadas se han multiplicado a gran velocidad y cada vez es más frecuente

¹³ Yan Zhang y Ke Fang, «Is History Repeating Itself? From Urban Renewal in the United States to Inner-City Redevelopment in China», *Journal of Planning Education and Research* 23, 2004, pp. 286-298; Shenjing He y Fulong Wu, «Property-Led Redevelopment in Post-Reform China. A Case Study of Xintiandi Redevelopment Project in Shanghai», *Journal of Urban Affairs* XXVII, 1, 2005, pp. 1-23.

¹⁴ Min Zhou y John Logan, «Market Transition and Commodification of Housing in Urban China», en John Logan (ed.), *The New Chinese City*, Oxford, 2002, pp. 137-152; Youqin Huang, «The Road to Homeownership. A Longitudinal Analysis of Tenure Transition in Urban China (1949-1994)», *International Journal of Urban and Regional Research* XXVIII, 4, 2004, p. 774.

¹⁵ Fulong Wu y Anthony Gar-On Yeh, «Urban Spatial Structure in a Transitional Economy. The Case of Guangzhou, China», *Journal of the American Planning Association* LXV, 4, 1999, pp. 377-394.

que subcontraten con los organismos estatales los trabajos de construcción. En el sur, la construcción de vivienda parece casi por completo en manos de compañías privadas. Por otro lado, en la mayoría de ciudades, los proyectos de infraestructuras están todavía dominados por empresas estatales. Los promotores extranjeros, encabezados por algunos de los grandes capitales de Hong Kong, se dedican principalmente a los grandes proyectos comerciales, como el inmenso proyecto de remodelación de Xintiandi, en Shanghai (inversor principal: el Grupo Shui On, de Philip Huang), y la zona comercial aún mayor de Oriental Plaza, en Pekín (inversor principal: la empresa Cheung Kong, de Li Ka-Shing). Se trata de espacios de consumo con un diseño muy cuidado para personas de altos ingresos en los centros de las ciudades, que combinan tiendas, hoteles y museos y, en el caso de Xintiandi, incorporan también elementos históricos en un intento de autenticidad urbana¹⁶.

La afluencia de capital a la promoción inmobiliaria es impresionante. En Shanghai, la inversión inmobiliaria ascendió de cerca de 100 millones de dólares al año en 1990 a la increíble cifra de 7.500 millones de dólares en 1996, cayendo al final de la década, pero sólo para volver a subir, alcanzando los 7.600 millones de dólares en 2001 y rebasando los 11.000 millones de dólares en 2002. La superficie de edificios comerciales llegó a los 12 millones de metros cuadrados en este último año y la de vivienda superó los 60 millones. En Pekín, la construcción anual de vivienda ascendió de un millón de metros cuadrados en 1975 a 18 millones en 2001. Para 2006, se habían construido en Pekín más de 10 millones de metros cuadrados de espacio de oficinas y más de 90 millones de espacio residencial, el equivalente a tres Manhattans. Se calcula que el valor anual de la construcción en toda China en la década de 2000 asciende a 67.000 millones de dólares y en la actualidad representa la mitad de todo el espacio de nueva construcción en el mundo¹⁷.

Una señal clave del paso a un sistema de propiedad capitalista en pleno funcionamiento es la aparición de *booms* y burbujas especulativas. Se pro-

¹⁶ Ya Ping Wang y Alan Murie, «Commercial Housing Development in Urban China», *Urban Studies* XXXVI, 9, 1999, pp. 1475-1494; Bio-Sin Tang y Sing Cheong Liu, «Property Developers and Speculative Development», en Chengri Ding y Yan Song (eds.), *Emerging Land and Housing Markets in China*, Cambridge (MA), 2005, pp. 199-231; Y. Hsing, «Brokerage Power and Property in China's Townships», cit.; S. He y F. Wu, «Property-Led Redevelopment in Post-Reform China. A Case Study of Xintiandi Redevelopment Project in Shanghai», cit.

¹⁷ Sobre Shanghai, véanse S. He y F. Wu, «Property-Led Redevelopment in Post-Reform China. A Case Study of Xintiandi Redevelopment Project in Shanghai», cit., p. 7; y la edición digital del *People's Daily*, 28 de octubre de 2002. Sobre Pekín, véanse la edición digital del *People's Daily*, 7 de febrero de 2001; el informe de Colliers International del segundo cuarto de 2006 sobre el mercado de oficinas de Pekín; y William Mellor y Allen Cheng, «Chinese Chasing the Wealth», *San Francisco Chronicle*, 24 de mayo de 2006. Todas las cifras de China están extraídas de Haiyan Chen, S. Ganesan y Beisi Jia, «Environmental Challenges of Post-Reform Housing Development in Beijing», *Habitat International* XXIX, 4, 2005, p. 572, y John Fernández, «Resource Consumption of New Urban Construction in China», *Journal of Industrial Ecology* XI, 2, 2007, pp. 99-115.

dujo una primera burbuja, pequeña, con el recalentamiento general de la economía en 1986-1988 y una segunda, mayor, durante el *boom* de principios de la década de 1990, que alcanzó su punto máximo en 1992-1994, pero posteriormente dejó millones de metros cuadrados vacíos. Después, las autoridades centrales intentaron calmar el fervor de los gobiernos locales, deduciéndoles un porcentaje mayor de sus ingresos y endureciendo las normas de préstamo. A pesar de todo, surgió una nueva burbuja inmobiliaria, mucho mayor, en la década de 2000, lo cual obligó al gobierno central a advertir en 2005 de los peligros financieros e intentar frenar la inversión especulativa y la corrupción. Recientemente, se ha introducido un sistema de evaluación en varias ciudades para puntuar a los agentes inmobiliarios y a los promotores de suelo, que ha dado lugar a una serie de revelaciones respecto a la generalización de las ocupaciones ilegales y las transacciones con dinero negro en el mercado de vivienda, realizadas con frecuencia por EPE. En Shanghai, se descubrió que algunos funcionarios habían desviado un tercio de un fondo de seguridad social de 1.200 millones de dólares para invertirlo en promoción inmobiliaria y construcción de carreteras de peaje¹⁸.

Desarrollo de un mercado nacional

En la transición al capitalismo en Occidente, un elemento esencial fue el desarrollo de un mercado nacional: la demanda de bienes producidos por una industria y una agricultura capitalistas en ciernes. A fin de que esto sucediera fue precisa una transformación de la forma de vida del país, para que las necesidades empezaran a satisfacerse a través de la compra de mercancías. Así, se produjo un desplazamiento de la producción doméstica a los bienes manufacturados, en la que la emigración a las ciudades desempeñó un papel esencial. Esto afectó a todas las clases sociales, pero el lugar más importante de consumo fue el hogar burgués, a la par como máximo comprador individual y como almacén de bienes de consumo duraderos, tales como muebles y aparatos domésticos. Las compras recibieron además el estímulo del aumento de los ingresos y la disminución de los precios de las mercancías.

Las exportaciones a los mercados exteriores desempeñaron asimismo un papel significativo. Sin duda, las exportaciones a Europa, las colonias y Estados Unidos espolearon la industrialización de Gran Bretaña. Pero, en un país tan grande como Estados Unidos —el mayor mercado integrado durante casi dos siglos—, la mayor parte del comercio era interregional e intraregional; las exportaciones estadounidenses nunca superaron el 5 por 100 del PNB antes de finales del siglo xx. Francia es otro ejemplo en el que la aportación de las exportaciones a la industria fue modesta. En todo caso,

¹⁸ Li Tu, «Central Bank Warns Shanghai Real Estate Jeopardizes Banks», edición digital del *Epoch Times*, 15 de febrero de 2005; «Looting the Aged», *The Economist*, 9 de septiembre de 2006.

para lograr exportar manufacturas, hace falta un nivel competitivo de coste y calidad que es difícil de adquirir sin experiencia y, por lo general, sólo llega una vez que la industria nacional está firmemente establecida.

El mercado nacional potencial de China es enorme. En la época posmaoísta, el consumo interno empezó a ascender a gran velocidad, primero con el aumento de los ingresos disponibles asociado a la descolectivización y a la expansión de las ECP, luego con la creciente demanda urbana de cuadros y trabajadores liberados de las limitaciones de las cartillas de racionamiento. Éstos empezaron a recibir su salario en dinero, en lugar de en forma de servicios directos de sus *danwei*, y disfrutaban de salarios cada vez más sustanciosos en empresas con éxito. Entre los artículos principales del nuevo mercado de consumo de la década de 1980 e inicios de la de 1990 se encontraban las televisiones, las bicicletas, las motocicletas, la ropa, los frigoríficos y los sistemas de aire acondicionado. Satisfacían esta nueva demanda principalmente empresas que seguían bajo propiedad estatal o colectiva, respondiendo a las señales del mercado. Pero muchas de las empresas de aquella época desaparecieron posteriormente bajo la presión de la competencia y la sobreproducción, algo que marcaba el surgimiento de una economía capitalista. Desde mediados de la década de 1990, a medida que los ingresos disponibles han ido aumentando, se han ido poniendo a la cabeza del mercado nacional nuevos artículos como los teléfonos móviles y los automóviles. Asimismo, se ha ido haciendo cada vez más habitual que los provean empresas privadas, como Ningbo Bird y Nanjing Panda Electronics. Las empresas extranjeras suministran muchos artículos de alta tecnología, pero rara vez dominan directamente los mercados nacionales.

La demanda sigue creciendo a buen ritmo. El número absoluto de consumidores de clase alta y media en China –alrededor de un millón de hogares urbanos ricos y al menos 40 millones acomodados, de acuerdo con algunas estimaciones– supone una abundante demanda de artículos nacionales. Los habitantes de las ciudades chinas, al igual que los parisinos y los neoyorquinos antes que ellos, están en la vanguardia de la cultura de consumo, a medida que su renta real per cápita, que se incrementa a un 5 por 100 al año, empieza a sobrepasar cada vez en mayor medida la de la población rural y la de los habitantes de las pequeñas poblaciones. China es el segundo mayor mercado automovilístico del mundo, el séptimo en ventas al por menor totales y el tercero en artículos de lujo¹⁹.

La China urbana está, pues, introduciéndose a grandes velocidades en la corriente dominante mundial de la cultura de consumo. Las cadenas globales de venta al por menor como Ikea, Carrefour, B&Q y Sogo motean las grandes ciudades, al igual que cadenas nacionales como Gome, Wumart y Lian-

¹⁹ «Ready for Warfare in the Aisles», *The Economist*, 5 de agosto de 2006, pp. 59-61; Andrew Glyn, «Imbalances of the Global Economy», *New Left Review* 34 (julio-agosto 2005) [ed. cast.: «Desequilibrios de la economía global», *New Left Review* 34, septiembre-octubre 2005]; W. Mellor y A. Cheng, «Chinese Chasing the Wealth», cit.

hua. Están apareciendo nuevos y vistosos centros comerciales, como la Oriental Plaza de Pekín. El área de Xintiandi, en Shanghai, tiene tanto éxito que su promotor, Philip Huang, ha recibido peticiones para crear proyectos parecidos en otras veintitrés ciudades. Dado que el gobierno entiende perfectamente cuán vitales son las ciudades para el desarrollo del consumo, el Consejo de Estado ha favorecido una estrategia de urbanización como vía fundamental de absorción de la producción excedente²⁰.

Es probable que la inmersión de China en el mundo de la vivienda privada apunte al tránsito a una sociedad de consumo de masas. Las viviendas –en su mayor parte bloques de pisos, algunos condominios y áreas residenciales para las clases pudientes en la periferia urbana– constituyen importantes desembolsos de renta para las recién emergentes clases medias y altas. Y hay que llenarlas de artículos de consumo: la vivienda privada promueve con fuerza el consumo, a la par que fragmenta la conciencia colectiva que todavía queda de la época maoísta²¹.

Los mercados de exportación han sido vitales para el desarrollo de China desde el establecimiento de las zonas de comercio exterior en el sur poco después de 1980. Es más, las firmas extranjeras se han situado a la cabeza de la producción moderna y de la apertura de los mercados globales. Empresas coreanas, japonesas, alemanas y, en especial, de Taiwán y Hong Kong han abierto talleres, introducido nuevas tecnologías y enseñado a los trabajadores y patrones chinos lo último en ingeniería de productos, gestión fabril y distribución global. La conexión entre los criterios globales de producción y los millones de trabajadores de China, acostumbrados al trabajo duro, la disciplina y los bajos salarios, ha resultado una formidable combinación en el mercado mundial.

China se ha convertido en una fuerza principal en el comercio internacional, acercándose a Japón en el total de exportaciones y ofreciendo precios más competitivos que las manufacturas nacionales de Norteamérica, Europa y Asia oriental. El porcentaje que representaban las exportaciones dentro del PNB chino experimentó un aumento constante durante las dos primeras décadas de transición, del 5 al 25 por 100, la misma cifra que Alemania. Después de 2000, con el ingreso de China en la OMC, este porcentaje saltó al 35 por 100, un nivel comparable al de Corea. Pero la mayor parte de estas exportaciones las manejan compañías de capital extranjero y empresas mixtas. Las firmas chinas dependen en su mayor parte de un mercado nacional donde el consumo de los hogares constituye más del 50 por 100

²⁰ Rwei Swei Sun, «Creative Deconstruction, or Deconstructive Creation? The Case of Xintiandi at Shanghai», ponencia presentada en la 4ª Conferencia Regional de Asia Oriental en Geografía Alternativa, Taipei, junio de 2006, pp. 24-30; Jianfa Shen, «Space, Scale and the State. Reorganizing Urban Space in China», en Laurence Ma y Fulong Wu (eds.), *Restructuring the Chinese City*, Londres, 2005, p. 47.

²¹ Fulong Wu, «Rediscovering the «Gate» Under Market Transition. From Work-Unit Compounds to Community Housing Enclaves», *Housing Studies* XX, 2, 2005, pp. 235-254.

del PNB. Considerar las exportaciones como único motor del desarrollo en la China moderna es, pues, repetir el clásico error de los liberales, que identifican el pulso del crecimiento económico con el comercio, y no con la producción²².

Tampoco el éxito de las exportaciones de China se debe sólo al bajo coste de la fuerza de trabajo. Hasta el suministro de artículos baratos a Wal-Mart y otras empresas globales parecidas exige un grado de competencia que asegure la calidad y la fiabilidad. Un buen ejemplo en este sentido es BYD Company, fabricante de más de la mitad del total de baterías de teléfonos móviles del mercado mundial. Constituye todo un salto adelante acceder a los mercados globales como un competidor hecho y derecho en electrodomésticos y aparatos electrónicos de consumo, tal como están haciendo en la actualidad varias empresas chinas. Un ejemplo de ello es la evolución de Legend/Lenovo, que de ser un proveedor de placas base en la década de 1980 pasó a convertirse en campeón nacional en la fabricación de ordenadores en la década de 1990 y en fabricante de ordenadores global con capacidad para comprar la sección de ordenadores personales de IBM a mediados de la década de 2000; otro ejemplo lo constituye Haier, que controla ahora un cuarto del mercado estadounidense de pequeños frigoríficos.

Ante la presión internacional sobre el tipo de cambio, el creciente endeudamiento estadounidense y la competencia potencial de países aún más baratos como Vietnam y Bangladesh, los responsables de la planificación económica de China están deseosos de reducir la dependencia de las exportaciones, ampliando el mercado nacional. Las inadecuadas infraestructuras y el atraso que aún padecen la distribución y la logística lo han impedido. Pero, ahora, la inversión en infraestructuras se ha acelerado, China está desarrollando rápidamente un *internet* sofisticado –que incluye conexiones de empresa a empresa para la gestión de suministros como alibaba.com– y cuenta ya con una red de carreteras, una red telefónica y una red de suministro de electricidad que superan con creces a las de India o América Latina²³.

En 2000 la inversión estatal se reorientó para centrarse en las áreas pobres del interior de China central y occidental y el nuevo gobierno de Hu Jintao y Wen Jiabao declaró su intención de paliar la pobreza rural. Una interpretación corriente es que estas medidas estaban pensadas para atajar el creciente malestar social debido a la desigualdad flagrante. Es verdad que el gasto estatal crea puestos de trabajo y renta a corto plazo, pero medidas

²² Yun-Wing Sung, *The Emergence of Greater China. The Economic Integration of Mainland China, Taiwan and Hong Kong*, Nueva York, 2005, p. 36; «Can Pigs Fly?», *The Economist*, 24 de febrero de 2007.

²³ «The Problem with Made in China», *The Economist*, 13 de enero de 2007; «Slow! Government Obstacles Ahead», *The Economist*, 17 de junio de 2006; véase también *The Economist*, «A Survey of China», cit.

como la electrificación rural y la construcción de carreteras van destinadas más bien a incorporar a las áreas rurales que siguen «fuera de la red» de manera más plena a los circuitos de capital, aumentando, por lo tanto, las dimensiones del mercado nacional y la demanda real para las industrias nacionales de China.

Orígenes de los capitalistas

En Occidente surgió una clase de capitalistas a partir de varias posiciones sociales y obtuvo su capital inicial de distintas fuentes. En Gran Bretaña, los primeros capitalistas eran agrarios: agricultores arrendatarios y propietarios de tierras que ampliaron sus propiedades gracias a los cercamientos. Los comerciantes urbanos se hicieron ricos gracias al comercio exterior e interior y la esclavitud, optando con frecuencia por la inversión inmobiliaria y la actividad bancaria. Los préstamos públicos y el Banco de Inglaterra estimularon el crecimiento del capital financiero. Los primeros industriales obtuvieron poca ayuda de las entidades crediticias de la ciudad, pero reinvirieron el plusvalor obtenido de obreros mal pagados y sometidos a largas jornadas.

En Estados Unidos, granjeros y propietarios de plantaciones tomaron y poblaron todo un continente. Hubo miles de comerciantes y fabricantes –con frecuencia asociados– que hicieron fortunas vendiendo al Sur esclavista, con sus prósperas haciendas y sus ciudades en expansión. A los trabajadores estadounidenses les fue mejor que a los europeos, pero los inmigrantes mantuvieron bajos los salarios del trabajo descualificado. La propiedad urbana constituía una fuente principal de acumulación. Hubo bancos registrados en cada Estado que proporcionaron enormes cantidades de crédito para engrasar las ruedas de la expansión regional. Los primeros capitalistas de la Europa continental se nutrieron del Estado –como en la Alemania de Bismarck–, pero en regiones como Renania los bancos locales, los comerciantes y los fabricantes se apoyaron entre sí. En Francia, la industrialización también se produjo a través de redes de pequeños productores encabezadas por comerciantes, así como por medio de fábricas respaldadas por el gobierno en los sectores textil y siderúrgico.

Al buscar los orígenes de la clase capitalista en la China de la actualidad, la inversión extranjera parece ser a primera vista la clave; después de todo, China es el mayor destinatario del mundo de inversión directa. El capital exterior ha abierto en efecto muchas sendas nuevas, fraguando conexiones con el comercio global, introduciendo las últimas tecnologías e importando el diseño moderno, así como alimentando los rugientes motores del desarrollo. Los comerciantes, financieros y fabricantes de Hong Kong han desempeñado un papel capital, en particular en el desarrollo de Guangdong, que es desde 1989 la provincia con mayor PNB. Hong Kong proveyó poco menos de la mitad de toda la inversión extranjera directa entre 1979 y 2003, pero desde 1996 ya no puede considerarse una fuente verdaderamente ex-

tranjera, por más que siga funcionando de intermediario para las transferencias de capital desde otros lugares²⁴. Los capitalistas taiwaneses también han sido importantes, en especial en la provincia de Fuji y en la costa central.

Sin embargo, a pesar de todo, la inversión extranjera ha representado menos de un 10 por 100 de la formación de capital durante la época de reformas, incluidas las inversiones a través de Hong Kong. En cambio, los procesos internos de acumulación primitiva han sido decisivos. Una enorme producción de plusvalor apuntala la economía china. Los salarios terriblemente bajos, las largas jornadas laborales y el trabajo duro suponen una tasa de explotación del trabajo excepcionalmente alta. Esto permite que China tenga una de las mayores tasas de ahorro del mundo –más del 40 por 100 del PNB–, genere enormes reservas de divisas –más de un billón de dólares en 2006– y amplíe su capital social a gran velocidad: en un 20 por 100 anual en el periodo de 1978-1994. El crecimiento anual del capital social es entre un 3 y un 4 por 100 mayor que el de Francia y Alemania en sus máximos respectivos y se acerca al de Japón y Corea en sus momentos de apogeo²⁵.

Junto con la elevada tasa de formación de capital llega la aparición de una nueva clase de grandes ricos. Un informe reciente cuenta siete multimillonarios y 300.000 millonarios, 400 de los cuales cuentan con fortunas de más de 60 millones de dólares²⁶. ¿Quiénes son los nuevos capitalistas de China? Muchos de ellos son antiguos miembros del Partido y el gobierno que han podido traducir sus posiciones en la propiedad de empresas estatales privatizadas. Otros han llegado de fuera del Estado y el Partido para poner en marcha empresas privadas, empezando como pequeños comerciantes o profesionales, como es el caso de Liu Chuanzhi de Legend/Lenovo, o como campesinos, como el hombre más rico del país, Huang Guangyu, fundador de la cadena de venta al por menor Gome Electrical Appliance Holdings, aunque las estrechas conexiones con miembros del Partido siguen siendo un buen negocio. Otros funcionarios se comportan como empresarios en búsqueda de beneficio en su calidad de directores de organismos y empresas estatales, aunque todavía no sean propietarios inmobiliarios por derecho propio²⁷.

²⁴ Y. W. Sung, *The Emergence of Greater China. The Economic Integration of Mainland China, Taiwan and Hong Kong*, cit., pp. 12, 27; además, una parte importante de la inversión procedente de Hong Kong representa «circuitos de ida y vuelta», por los cuales EPE del continente, empresas en manos del Ejército Popular de Liberación y otras entidades invierten a través de filiales en Hong Kong.

²⁵ Y. W. Sung, *The Emergence of Greater China. The Economic Integration of Mainland China, Taiwan and Hong Kong*, cit., p. 38; A. Glyn, «Imbalances of the Global Economy», cit., p. 15.

²⁶ W. Mellor y A. Cheng, «Chinese Chasing the Wealth», cit.

²⁷ Wang Hui, *China's New Order. Society, Politics and Economy in Transition*, Cambridge (MA), 2003; M. Hart-Landsberg y P. Burkett, *China and Socialism. Market Reforms and Class Struggle*, cit. Como reina la corrupción, la acumulación primitiva en China viene acompañada de robo puro y simple; algunas de las personas más ricas, como Yang Bin y Zhou Zengyi, han ido a la cárcel por fraude. Tal como lo expresa el director de un banco de inversión, «esto es como en

¿Cuáles son las posiciones sociales de las que ha surgido la nueva clase capitalista? El capital mercantil del tipo clásico desempeña un papel menor, ya que la revolución maoísta cortó el periodo histórico del comercio mercantil; pero algunas de las mayores fortunas de Hong Kong –como la del multimillonario Li Kai-Shing, de la Li&Fung Trading Company– tienen sus raíces en el comercio.

En la manufactura, existen cuatro vías corrientes para convertirse en un capitalista industrial. La primera es conseguir una participación propietaria en una empresa de propiedad estatal. A principios de la década de 1990, las reformas convirtieron a muchas de estas EPE en sociedades patrimoniales o en cooperativas de socios trabajadores, haciendo de ellas compañías semiprivadas, cuando no privatizadas por completo. A principios de la década de 2000, se impusieron nuevas medidas de privatización, después de que el declive de finales de la de 1990 redujera su número de alrededor de 250.000 a 150.000 y pasaran a representar menos de un tercio de la renta nacional. Una segunda vía consiste en conseguir el control de una ECP. Las ECP fueron también objeto de la privatización generalizada a finales de la década de 1990, después de una criba parecida de negocios en crisis. Aunque muchas de las que todavía figuran en los registros no son sino caparazones vacíos, miles de ellas han logrado convertirse en importantes compañías. Además, muchas empresas nominalmente cooperativas o colectivas han asistido a la concentración de las participaciones propietarias en manos de gestores o funcionarios del partido, un proceso al que ha contribuido el vaciamiento ilícito de activos empresariales²⁸.

Una tercera vía, que ha cobrado importancia, es poner en marcha una empresa privada de forma independiente o con inversores extranjeros. Después de que en 1987 se levantaran las restricciones respectivas al tamaño que pesaban sobre las firmas privadas, el sector privado creció rápidamente, representando a mediados de la década de 1990 el 40 por 100 del empleo no agrícola. A principios de la década siguiente, las empresas privadas empleaban ya a más de 40 millones de personas en las ciudades –tantas como las empresas estatales– y las iniciativas mixtas contrataban a 20 millones más. Las filiales en manos extranjeras, por el contrario, no contaban en su conjunto con más de 7 millones de trabajadores²⁹. La cuarta vía de conversión en capitalista industrial es aquella emprendida por muchos pe-

la época de los magnates sin escrúpulos en el Estados Unidos del siglo XIX; todo está a disposición de cualquiera»: citado en W. Mellor y A. Cheng, «Chinese Chasing the Wealth», cit.

²⁸ Faltan buenos datos respecto al grado de privatización, pero véanse Samuel Ho, Paul Bowles y Xiaoyuan Dong, «Letting Go of the Small». An Analysis of the Privatization of Rural Enterprises in Jiangsu and Shandong», *Journal of Development Studies* XXXIX, 4, 2003, pp. 1-26; S. Yusuf et al., *Under New Ownership. Privatizing China's State-Owned Enterprises*, cit., p. 98; Russell Smyth, «Asset-Stripping the Chinese State-Owned Enterprises», *Journal of Contemporary Asia* XXX, 1, 2000, pp. 3-16.

²⁹ M. Hart-Landsberg y P. Burkett, *China and Socialism. Market Reforms and Class Struggle*, cit., p. 45; D. Harvey, *A Brief History of Neo-Liberalism*, cit., p. 128.

queños fabricantes que vuelan por debajo del radar en los márgenes de la legalidad, como es el caso de los miles de negocios en el barrio de Zhejiangcun, en Pekín. Las autoridades municipales derriban con regularidad sus establecimientos, únicamente para presenciar su reconstrucción en las inmediaciones: un estatus efímero que ofrece una especie de espacio liminar para el surgimiento de un capitalismo desenfrenado fuera del alcance del Estado³⁰.

Están surgiendo muchos capitalistas en la venta al por menor y en los servicios a las empresas, pero el sector inmobiliario sigue siendo un terreno particularmente fértil para amasar fortunas rápidas. En las ciudades, el alquiler de suelo representa una gran tajada del plusvalor social y un inmenso manantial desde el que trasvasar capital. Se ha producido un enorme incremento del valor del suelo urbano. Edificios construidos originalmente para *danwei* se utilizan ahora para generar rentas que pueden convertirse en capital inicial para posteriores inversiones lucrativas, una espiral de acumulación que sigue bajo una iniciativa que es plenamente capitalista. Para dar una indicación del alcance de la acumulación primitiva a través de alquileres, baste señalar que la mitad de las personas más ricas de China en la actualidad deben su riqueza a los bienes inmuebles³¹.

Los mecanismos financieros de aceleración de la formación de capital también juegan un papel importante. Como el Estado se ha retirado de la financiación y el control directos de la producción, los bancos estatales y los gobiernos locales han ocupado su lugar. El sistema bancario todavía es de propiedad estatal en un 80 por 100, pero está siendo objeto de una cautelosa privatización. Más importante ha sido la generosidad excepcional de los bancos estatales a la hora de conceder créditos a toda suerte de organismos estatales, empresas públicas y compañías privadas. Durante la década de 1990, los préstamos bancarios equivalían a cinco veces el total de gastos gubernamentales. En la actualidad, los préstamos comerciales rondan el 130 por 100 de los depósitos, un porcentaje mucho mayor que el de otros países asiáticos³².

Aproximadamente la mitad de los préstamos bancarios van destinados a empresas de propiedad estatal. Se suponía que éstas se harían autosuficientes, pero a medida que la competencia creciente y los elevados impuestos construyeron los beneficios, sus gestores recurrieron al crédito para cubrir los gastos, incluidos los compromisos sociales con sus trabajadores. Hacia finales de la década de 1980, había ya un aumento de la deuda y los primeros años de la de 1990 asistieron a restricciones financieras y a una pri-

³⁰ Li Zhang, *Strangers in the City*, Stanford, 2001. Sin embargo, la autora confunde los términos al no distinguir, dentro de los inmigrantes urbanos, la nueva burguesía y pequeña burguesía de los trabajadores.

³¹ *The Economist*, «A Survey of China», cit.

³² D. Harvey, *A Brief History of Neo-Liberalism*, cit., p. 133; «India. Safe and Sorry», *The Economist*, 3 de junio de 2006.

mera criba. Pero el endeudamiento aumentó de manera espectacular a finales de la misma; a medida que crecía el número de EPE en peligro de bancarrota, eran más las que se ponían en manos de bancos para que las sacaran de apuros, llegando a solicitar créditos para saldar préstamos anteriores. A finales de la década de 1990, muchas de ellas sucumbieron en masa, pero un buen número de las que sobrevivieron se sostuvieron gracias al dinero de los bancos estatales y, a continuación, se privatizaron; por consiguiente, hubo un capital ficticio creado por el Estado que, a la larga, generó capital real operativo en el mercado privado.

Al mismo tiempo, los gobiernos locales –consejos provinciales, municipalidades y alcaldías– han financiado toda suerte de infraestructuras y proyectos industriales y de construcción en unas ciudades que crecen a gran velocidad. Han solicitado créditos a tipos increíbles para sostener sus planes. Un ardid que han utilizado –y las EPE también– es ofrecer suelo como garantía de los préstamos bancarios, una práctica que se disparó durante el *boom* inmobiliario de la década de 1990. Sólo la deuda total de los gobiernos de pueblos y pequeñas ciudades ronda el billón de yuans (125.000 millones de dólares), aproximadamente un 5 por 100 del PNB³³. Esto por no hablar de la reciente burbuja bursátil, que ha visto el valor del índice de la Bolsa de Shanghai tambalearse desde 2005. La mayor oferta pública internacional del mundo se hizo recientemente para el Commercial Bank and Trust Company.

Así pues, en China se ha producido un inmenso crecimiento de la acumulación de capital a través del crédito. Esta laxitud convierte las crisis financieras en una parte inevitable de los dolores de parto del capitalismo. A finales de la década de 1990, el sistema bancario tuvo que asumir uno de los mayores porcentajes de préstamos no reembolsados del mundo –los cuales ascendían tal vez a la mitad del total de créditos bancarios–, aunque las estimaciones prudentes hablen de cifras más próximas al 30 por 100. Entretanto, la preocupación cunde por el estado recalentado de los mercados de valores³⁴.

División espacial de la fuerza de trabajo

En todo Occidente, el primer capitalismo fomentó la expansión de las ciudades y creó amplias redes urbanas a una escala mucho mayor que en cualquier época precedente. Un factor en el crecimiento de las ciudades

³³ G. Lin y S. Ho, «The State, Land System, and Land Development Processes in Contemporary China», cit., p. 703; *The Economist*, «A Survey of China», cit.; «The People's Republic in the Grip of Popular Capitalism», *The Economist*, 28 de abril de 2007.

³⁴ El gobierno ha logrado mantener a flote a bancos que atravesaban situaciones delicadas inyectándoles reservas de divisas y trasvasando los créditos de dudoso cobro a empresas de gestión de activos respaldadas por el Banco Central; pero los préstamos insolventes siguen rondando entre el 20 y el 30 por 100 de las carteras bancarias.

bajo el capitalismo fue la expansión del comercio y la concentración de las transacciones comerciales y el transporte en centros urbanos de distribución. Un segundo factor fue la revolución industrial. Ciudades fabriles como Manchester y Lowell surgieron por toda la Gran Bretaña y el Estados Unidos del siglo XIX. Hasta las grandes ciudades mercantiles alimentaron importantes barrios industriales, con frecuencia compuestos de distintas empresas de artículos especializados y de lujo, como por ejemplo, el barrio de las armas de fuego de Birmingham o el barrio textil de Nueva York. Un tercer motivo para esta urbanización fue la intensificación del flujo de gasto, la espiral de consumo y las brillantes luces de la vida urbana. Los bulevares, las calles principales y los grandes almacenes de las mayores ciudades quedaron grabados de forma indeleble en la conciencia nacional como lugares de la vida moderna.

Con el crecimiento de las ciudades en Occidente, llegó la clasificación interna de funciones en barrios especializados, como consecuencia de la creciente división social del trabajo en un mercado de suelo urbano mercantilizado, donde las empresas complementarias y afines compraban su proximidad. En Estados Unidos, en particular, se produjo una marcada concentración de actividades de negocios en los centros de las ciudades, lo cual expulsó antiguas funciones residenciales y comerciales y generó una posterior separación en barrios financieros, de ocio y consumo, barrios industriales y de almacenaje, etc. A medida que las ciudades se expandían hacia afuera, surgieron nuevos subcentros, creando las metrópolis policéntricas del siglo XX. Las viviendas residenciales se dividieron en diferentes barrios, que desempeñaron un papel esencial como marcadores de clase y motores geográficos de la formación de clases sociales. La separación espacial no tiene por qué ser tan absoluta como en Estados Unidos para ser considerada segregación: las ciudades europeas han sido desde hace mucho tiempo el escenario de divisiones de clase reales bajo una forma urbana más compacta.

Uno de los objetivos fundamentales del maoísmo fue derribar las divisiones sociales de la fuerza de trabajo, en especial aquella existente entre el campo y la ciudad. Es discutible hasta qué punto lo logró, pero tras la revolución de 1949 las fábricas empezaron a dispersarse más por el campo que antes y se redujo el crecimiento de las ciudades. Dentro de la ciudad maoísta, el panorama económico y social se modeló de acuerdo con unidades celulares y repetitivas hechas de complejos urbanísticos *danwei*³⁵. Desde 1980, por el contrario, las ciudades chinas han crecido como champiñones, la industria urbana ha florecido y el paisaje interno se ha reconfigurado de manera espectacular.

³⁵ John Lewis (ed.), *The City in Communist China*, Stanford, 1971; Piper Gaubatz, «Urban Transformation in Post-Mao China. Impacts of the Reform Era on China's Urban Form», en Deborah Davis, Richard Kraus, Barry Naughton y Elizabeth Perry (eds.), *Urban Spaces in Contemporary China*, Nueva York, 1995, pp. 28-60.

La población urbana y el número de ciudades de China se han triplicado en una generación y el campo está ahora urbanizado en alrededor de un 40 por 100: más de cien ciudades cuentan por lo menos con medio millón de personas. El crecimiento urbano más espectacular a principios del periodo de reformas, fuertemente conectado con la industrialización de las exportaciones, tuvo lugar en el sur de China, invirtiendo el predominio septentrional acaecido bajo el maoísmo. Shenzhen, Guangzhou y Dongguan, cada una de ellas con una población entre 7 y 9 millones, se convirtieron en los nuevos talleres del mundo. A finales de la década de 1990, sin embargo, las grandes ciudades costeras del norte y el centro tomaron la delantera. Pekín y Shanghai cuentan cada una con más de 15 millones de almas y han hecho estallar sus antiguas lindes, figurando ahora entre las mayores conurbaciones del planeta³⁶.

No todas las fábricas se encuentran en las grandes ciudades. Muchas están en poblaciones de tamaño mediano, como ocurre en el delta del río Yangtze, o en antiguos pueblos, como sucede en el delta del río Perla; pero éstas están estrechamente conectadas con los principales centros urbanos de Shanghai y Hong Kong respectivamente. Algunas industrias urbanas han involucrado a una gran corona de empresas de las regiones vecinas en sus redes de suministros, combinando elementos del clásico sistema de subcontratación con la contratación a larga distancia de la economía global de hoy en día. En otros casos, han surgido distritos industriales enteros nuevos, como en los centros metalúrgicos, textiles y mobiliarios de Guangdong o en el distrito de electrónica de Chaoyang, en Pekín.

Además de todo ello, a través de sus funciones comerciales, los centros urbanos chinos están alcanzando nuevas cotas. Estos elementos clásicos de la división capitalista de la fuerza de trabajo se han desarrollado con mayor lentitud que las manufacturas, en parte porque Hong Kong hacía las veces de piedra angular para la China meridional; Taipei y Singapur también desempeñan un papel de conexión exterior, como centros mercantiles y financieros para las zonas del interior. No obstante, ciudades como Shanghai y Guangzhou están desarrollando toda una serie de actividades mercantiles, financieras y de control, junto con los servicios a las empresas precisos para respaldar a éstas; unas y otros están llenando de complejos de oficinas todo el paisaje urbano³⁷. Igualmente asombrosa resulta la rapidez con la que las ciudades chinas han desarrollado una división espacial interna del trabajo. Están apareciendo barrios empresariales céntricos, como el nuevo centro de Pekín de elevados bloques de oficinas, y se están empezando a configurar separadamente barrios financieros y de venta al por menor. Las ciudades han empezado también a tener un crecimiento más descontrolado. La industria manufacturera, que antes ocupaba terrenos de los *danwei*, con

³⁶ George Lin, «The Growth and Structural Change of Chinese Cities», *Cities* XIX, 5, 2002, pp. 299-316.

³⁷ G. Lin, «Towards a Post-Socialist City? Economic Tertiarization and Urban Reformation in the Guangzhou Metropolis, China», *Eurasian Geography and Economics* XLV, 1, 2004, pp. 18-44.

una buena ubicación céntrica, se ha trasladado a barrios industriales suburbanos de menor coste. Los nuevos centros comerciales, industriales y de oficinas en la periferia de las áreas metropolitanas han hecho las ciudades chinas policéntricas³⁸.

Las nuevas viviendas se han desplazado hacia arriba, en elevados bloques de pisos, y hacia afuera, a las zonas residenciales suburbanas, aunque la vivienda encarna divisiones de clase nacientes. Los lugares de residencia empiezan a dividirse en función de la capacidad de pago, con los antiguos empleados estatales en un área, cotos vallados para los ricos en otra y «aldeas urbanas» con pésimas condiciones de habitabilidad para los trabajadores flotantes. Las familias acomodadas se están trasladando a zonas residenciales suburbanas copiadas de Napa Valley, Orange County y Long Island, que repiten la geografía de la formación de la clase burguesa en Estados Unidos³⁹.

Un gobierno para el capital

Por último, aunque sin duda no menos importante, está el papel del Estado, que nunca ha funcionado del modo en el que imaginan los liberales doctrinarios. La Gran Bretaña del *laissez-faire* contaba con su enorme armada, un sistema tributario y una burocracia eficaces, un banco central y un estricto sistema legal. En el resto de Europa, el Estado desempeñó un papel aún más intervencionista y de vanguardia. El régimen liberal de Estados Unidos exigió también una fuerte constitución nacional para promover el desarrollo económico; pero los estadounidenses dieron con el modelo estatal específico de la unión federal, el cual se ha demostrado una manera eficaz de integrar y gestionar un territorio nacional enorme. El paraguas federal garantizó la libre circulación de mercancías, capital y fuerza de trabajo, mientras que la representación geográfica y la autonomía de los gobiernos locales supuso una estrecha cooperación entre Estado y empresas en pro del desarrollo regional. Los diferentes Estados que componen Estados Unidos promovieron con entusiasmo el desarrollo a través de sus

³⁸ Piper Gaubatz, «Globalization and the Development of New Central Business Districts in Beijing, Shanghai and Guangzhou», en L. Ma y F. Wu (eds.), *Restructuring the Chinese City*, cit., pp. 98-116; Fulong Wu, «Polycentric Urban Development and Land-Use Change in a Transitional Economy. The Case of Guangzhou», *Environment and Planning A* XXX, 6, 1998, pp. 1077-1100; G. Lin, «Towards a Post-Socialist City? Economic Tertiarization and Urban Reformation in the Guangzhou Metropolis, China», cit.; F. Wu y A. G. Yeh, «Urban Spatial Structure in a Transitional Economy. The Case of Guangzhou, China», cit. Aunque ha habido mucha planificación por parte de los gobiernos municipales, las ciudades chinas han experimentado en gran medida formas de desarrollo caótico e incontrolado, en gran parte como el que se produce en Estados Unidos.

³⁹ Fulong Wu, «Transplanting Cityscapes. The Use of Imagined Globalization in Housing Commodification in Beijing», *Area* XXXVI, 3, 2004, pp. 227-234; Youqin Huang, «From Work-Unit Compounds to Gated Communities. Housing Inequality and Residential Segregation in Transitional Beijing», en L. Ma y F. Wu (eds.), *Restructuring the Chinese City*, cit., pp. 192-221; L. Zhang, *Strangers in the City*, cit.

poderes sobre la banca, las infraestructuras y las leyes laborales. El uso y la urbanización del suelo, en particular, quedaron casi por completo en manos de los responsables municipales. El resultado fue una variada colección de coaliciones procrecimiento rivales, que engrasaron las ruedas del comercio; la economía política de la promoción urbana desempeñó un papel esencial en el panorama estadounidense.

Los dirigentes chinos han liberalizado sistemáticamente la economía bajo la orientación atenta del Consejo de Estado y del Partido Comunista. Sin embargo, el elemento que habría que destacar aquí es el modo en que esta transición ha reconfigurado la *forma* del Estado, liberando las fuerzas del capitalismo. La transformación ha ocasionado una metamorfosis en la que la propiedad, los mercados y los capitalistas salen del capullo del Estado socialista y un orden social, una economía y un Estado burgueses se desarrollan a partir del viejo modo de producción. La reorganización del Estado chino ha creado una estructura de una complejidad extraordinaria. Algunos observadores aluden a un «crecimiento descontrolado del Estado» y se sorprenden de que éste no se haya visto recortado bajo un orden más liberal. Pero la cuestión no es si el Estado es más pequeño, sino cómo se ha reestructurado y qué se pide a sus componentes que hagan⁴⁰.

La transición de China a un Estado capitalista se ha llevado a cabo a través de una sorprendente alianza entre el poder central y la autoridad descentralizada. Por un lado, la tradición de jerarquía administrativa es fuerte. El gobierno central ha gestionado la transición al capitalismo en cada uno de sus pasos, emitiendo una serie de directrices bajo la forma de leyes formales, declaraciones programáticas y dictámenes generales. Por otro lado, China tiene una larga historia de poder disperso por su enorme territorio, con una considerable integridad provincial y comarcal y autonomía de los gobiernos locales. Por lo tanto, no resulta sorprendente que una parte esencial de la transición al capitalismo haya pasado por permitir una mayor descentralización del Estado. La liberación económica y la acumulación primitiva se han visto facilitadas, e incluso aceleradas, por un cambio de escala y un desplazamiento hacia abajo del poder estatal⁴¹.

El gobierno central ha privilegiado a las ciudades en particular como vehículos de la transición. Un frente programático ha sido la autonomía relativa concedida a las grandes ciudades, en especial a las cuatro metrópolis –Pekín, Shanghai, Chongqing y Tianjin– y a otras a escala prefectural. Se les han

⁴⁰ Vivienne Shue, «State Sprawl. The Regulatory State and Social Life in a Small Chinese City», en Deborah Davis *et al.*, *Urban Spaces in Contemporary China*, pp. 90-113; Laurence Ma, «Urban Administrative Restructuring, Changing Scale Relations and Local Economic Development in China», *Political Geography* XXIV, 4, 2005, pp. 477-497; J. Shen, «Space, Scale and the State. Reorganizing Urban Space in China», cit.

⁴¹ L. Ma, «Urban Administrative Restructuring, Changing Scale Relations and Local Economic Development in China», cit.; Carolyn Cartier, «City-Space. Scale Relations and China's Spatial Administrative Hierarchy», en L. Ma y F. Wu (eds.), *Restructuring the Chinese City*, cit., pp. 21-38.

otorgado prerrogativas adicionales para anexionarse territorios y subordinar condados y pequeñas ciudades bajo su sombra⁴². Por supuesto, el grado real de autonomía de cualquier gobierno local depende de las batallas políticas de las facciones de partido, los bloques de poder y los grupos de interés. Aunque los secretarios de partido y los alcaldes de las ciudades reciben su nombramiento del poder central, esto se hace en función de las disputas por los puestos locales o del poder de las facciones de partido de las grandes ciudades sobre el Partido Comunista Chino en su conjunto, como sucedía con el dominio nacional de la facción de Shanghai en la década de 1990.

A los gobiernos locales se les ha dado rienda suelta en toda China para que busquen el crecimiento económico. Las autoridades municipales, provinciales y de condado actúan de supervisoras del desarrollo, colaborando con quien ofrezca la mejor promesa de crecimiento rápido. Los funcionarios locales tienen toda una colección de utensilios en la caja de herramientas de la promoción del crecimiento. Tanto las anexiones de territorio como los embargos de terrenos de cultivo o la ampliación de las infraestructuras se han demostrado útiles en la expansión urbana. Las transferencias inmobiliarias, los contratos de arrendamiento ventajosos y los depósitos de suelo han resultado eficaces para ayudar a constructores y promotores. Los planes urbanos, los programas de remodelación y los discursos de modernización han promovido la reconfiguración del espacio urbano. A la industria manufacturera se la ha apoyado a través de dispositivos como las exenciones fiscales, las cesiones de terrenos y los parques industriales, así como asegurando una oferta de mano de obra a través de la manipulación de los permisos del *bukou* y de las tasas de acceso a las ciudades y por medio del control de la organización y las protestas obreras⁴³.

Los funcionarios públicos y de partido a escala local se han vuelto muy emprendedores a la hora de promover la expansión industrial, la construcción y el desarrollo comercial. Muchos trabajan de gerentes en empresas de propiedad estatal y compañías inmobiliarias en el sector público, mientras que otros integran consejos de administración o tienen participaciones en negocios privados. Los hay también que hacen las veces de agentes e intermediarios entre público y privado o entre organismos estatales; y aún hay otros

⁴² Las anexiones descontroladas suponen que las fronteras administrativas no se corresponden estrictamente con el territorio económico o área urbanizada de las ciudades. Muchas pequeñas ciudades y condados consiguieron la designación de ciudad por motivos poco sólidos antes de que el gobierno central endureciera las normas en la década de 2000 y volviera a poner algunas provincias por encima de las ciudades en la jerarquía: Jae Ho Chung y Tao-Chiu Lam, «China's «City System» in Flux. Explaining Post-Mao Administrative Changes», *China Quarterly* 180, 2004, pp. 945-964.

⁴³ Fulong Wu, «Globalization, Place Promotion, and Urban Development in Shanghai», *Journal of Urban Affairs* XXV, 1, 2003, pp. 55-78; Lan-Chih Po, *Strategies of Urban Development in China's Reforms. Nanjing 1984-2000*, tesis doctoral, Berkeley, 2001; Y. Hsing, «Land and Territorial Politics in Urban China», cit.; W. Hui, *China's New Order. Society, Politics and Economy in Transition*, cit.

que engrasan las ruedas del desarrollo a través de acuerdos en el mercado negro, sobornos y redes informales, conocidas como *guanxi*. Además, la evaluación de los cuadros del partido de cara a su promoción ha empezado a hacerse en función de su capacidad de ofrecer crecimiento regional, empleo e inversión extranjera. Tanto el prestigio personal como la fe en la modernización y el celo general desempeñan un papel a la hora de motivar a los funcionarios locales a promover sus grandes y pequeñas ciudades.

A los gobiernos locales les motiva, sobre todo, un régimen fiscal en el que sus ingresos dependen más de los impuestos y alquileres locales que de la redistribución de rentas nacionales. Desde la década de 1980, las rentas públicas han fluido fundamentalmente hacia arriba y los gobiernos locales se han quedado con lo restante. China es en la actualidad uno de los Estados más descentralizados del mundo desde el punto de vista fiscal⁴⁴. Una fuente fundamental de ingresos locales son los impuestos a las empresas sobre los beneficios y las ventas. En la década de 1980, la mayor parte de las rentas locales seguían procediendo de empresas estatales y municipales, pero el porcentaje derivado de los negocios privados ha crecido claramente desde entonces. La otra fuente principal de ingresos es la propiedad inmobiliaria, a través de alquileres, contratos de arrendamiento y tasas de transacción; este tipo de ingresos se disparó con los *booms* inmobiliarios de las décadas de 1990 y 2000. Además, hay determinadas rentas extrapresupuestarias que los gobiernos locales no tienen que compartir con quienes tienen por encima⁴⁵.

En conjunto, la situación china recuerda la del sistema federal estadounidense y su política de crecimiento urbano, de la que se benefician magníficamente toda una serie de actores públicos y privados. Los pagos encubiertos distan mucho de ser desconocidos en Estados Unidos, pero el intercambio de favores y recompensas se hace para la ventaja mutua de muchos. Lo que los chinos denominan *guanxi* se parece mucho a lo que los estadounidenses llaman *horse-trading*. La competencia entre gobiernos regionales en China recuerda también la del federalismo estadounidense. Resulta vano en este contexto quejarse de la duplicación e ineficacia de la promoción urbana⁴⁶. Tanto Estados Unidos como China dan pruebas de que este tipo de alianza abierta entre Estado y capital para el desarrollo regional funciona en realidad muy bien.

⁴⁴ J. Oi, «Fiscal Reform and the Economic Foundations of Local State Corporatism in China», cit.; J. Shen, «Space, Scale and the State. Reorganizing Urban Space in China», cit. Hay una lucha permanente entre ámbitos del gobierno respecto a quién controla territorio, rentas y suelo. Aunque el gobierno nacional se apropió una porción mayor de rentas locales en la década de 1990, en realidad, desde 2000 ha concedido a las municipalidades más control sobre la urbanización del suelo.

⁴⁵ S. Ho y G. Lin, «Emerging Land Markets in Rural and Urban China», cit.; Y. Hsing, «Brokerage Power and Property in China's Townships», cit.

⁴⁶ Por ejemplo, M. Hart-Landsberg y P. Burkett, *China and Socialism. Market Reforms and Class Struggle*, cit., p. 56. Véase también Gabriella Montinola, Yingyi Qian y Barry Weingast, «Federalism, Chinese Style. The Political Basis for Economic Success in China», *World Politics* XLVIII, 1, 1995, pp. 50-81.

El Estado central es otra cuestión, desde luego, y la dirección del Partido Comunista extrae su poder desde hace mucho tiempo de rentas del Estado de origen no capitalista, de la organización de Partido y de la legitimidad socialista. Sería de esperar que el Consejo de Estado no hiciera de comadrona en el nacimiento del capitalismo del mismo modo que los gobiernos locales. La «dictadura desarrollista» de China se acerca a este respecto más a la experiencia europea continental, pero hay signos de una nueva etapa en el aburguesamiento del Estado. Los funcionarios nacionales están cada vez más involucrados en lucrativos proyectos locales industriales y de urbanización del suelo a través de conexiones administrativas verticales o *xi-tong*. Por otro lado, en 2002, en un movimiento muy controvertido, se dio la bienvenida al Partido Comunista a miembros del mundo de la empresa privada; algunos expertos sostienen que los cuadros capitalistas se han hecho mayoría en la dirección nacional del partido.

Nuestro propósito aquí ha sido analizar minuciosamente las transformaciones en las ciudades chinas, a fin de mostrar que la RPCh ha pasado el punto de transición hacia un orden de predominancia capitalista y que ha seguido un camino no tan alejado de los que siguieron en su momento Europa y Norteamérica. Este tipo de comparación constituye una línea base esencial para los estudiosos de China y los observadores externos que intentan entender el desarrollo económico del país o evaluar las condiciones sociales actuales allí.

La utilización de los términos marxistas clásicos de «transición» y «acumulación primitiva» implica por sí sola una crítica de los males desencadenados por la dinámica capitalista. Aunque los liberales harán hincapié en los resultados positivos del milagro económico de China –por término medio, los ingresos están aumentando, la vivienda ha mejorado, hay un mayor acceso a artículos básicos de consumo y las ciudades están floreciendo–, el alto precio es evidente: desigualdades crecientes y una explotación extrema de la fuerza de trabajo; mayor desempleo y un aumento de la inseguridad en el puesto de trabajo; y una pérdida generalizada de servicios como guarderías o atención sanitaria. En la actualidad, existe una brecha enorme entre los prósperos residentes de las ciudades y los campesinos pobres y entre una costa oriental en pleno apogeo y un interior atrasado. El coste medioambiental también es grande: contaminación atroz del aire, vertidos tóxicos masivos y peligros industriales mortales. Una situación que evoca los horrores de la revolución industrial en Gran Bretaña, como revelan los Informes Fabriles [*Factory Reports*] o los estudios de Mayhew de los pobres londinenses.

¿Qué se podría hacer para modificar la trayectoria del capitalismo en China? La protesta popular está aumentando, espoleada por vejaciones tales como el agua contaminada, las demoliciones totales de viviendas y la corrupción de los funcionarios locales. La dirección del Partido Comunista Chino es claramente consciente del peligro que representa el malestar social y ha introducido algunas reformas y lanzado campañas contra la «co-

rupción». Pero no ha permitido que la gente se organice y hable por sí misma; hasta ahora ha reprimido duramente los despertares democráticos, desde la Plaza de Tiananmen hasta Internet 2.0.

Esto plantea una última pregunta. Si China es cada vez en mayor medida un Estado liberal y una economía de mercado, ¿por qué no se ha producido ninguna liberalización de la política? Desde el punto de vista liberal convencional, las libertades democráticas manan directamente de la propiedad privada y del mercado. Y, sin embargo, a pesar de la relación potencial entre parcelación de la soberanía económica en manos de la burguesía y debilitamiento del absolutismo estatal, estos procesos nunca han bastado para asegurar un orden democrático. Los sistemas de gobierno occidentales sólo llegaron a tener determinado grado de libertad real a través de la rebelión popular, la dispersión de la propiedad, la organización sindical, la ampliación del sufragio y la lucha política durante dos siglos largos y difíciles en los que Gran Bretaña se aferró a sus monarcas y a su nobleza y Estados Unidos a la esclavitud y a las leyes Jim Crow⁴⁷, mientras que Francia volvió a los emperadores y los reyes y Alemania e Italia sucumbieron a dictadores fascistas.

¿Por qué deberíamos esperar que la situación fuera mejor en la China de hoy en día? La abolición del derecho de huelga en la Constitución de 1982 y el fusilamiento de disidentes en 1986 y 1989 son ejemplos clásicos del brutal nacimiento de un orden capitalista, comparables a la Masacre de Peterloo en Inglaterra o a la Gran Huelga Ferroviaria en Estados Unidos. Por otro lado, el ejercicio por parte del Estado chino de la represión extrema no resulta sorprendente, dado el monopolio del poder político que mantiene el PCCh, y que es un componente crucial de la particular vía al capitalismo de la RPCh. En tales circunstancias, el salto inminente hacia la democracia no es sino una fantasía liberal. El pueblo de China se enfrenta a un largo y arduo periodo de lucha popular si quiere domar a la bestia que se ha dejado suelta.

⁴⁷ Con el nombre de Jim Crow se designa, en Estados Unidos, la política de segregación y discriminación de los negros que fue impulsada especialmente a través de leyes aprobadas en los Estados del sur a finales del siglo XIX y que no fue puesta en cuestión hasta después de la Segunda Guerra Mundial. El término proviene del título de una canción de las plantaciones de principios del siglo XIX. [*N. de la T.*]